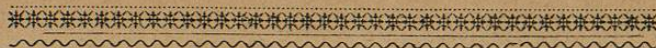


Y Castorena, el oficial chaparrón *de sesos* de bronce, se puso en pie y fué recto á descolgar la vieja guitarra de la fondera, ante la admiración y regocijo de sus compañeros que reían de sus bufonadas.

Ya los oficiales superiores habían salido.

Poco después los otros, envueltos en sus capotes, cantando y bebiendo, tumultuosos y alegres, salieron á la plaza solitaria, donde un cierzo duro y frío doblaba los arbolillos escuetos del zócalo.



## V

**A**l día siguiente, 16 de Octubre, después de la diana, siempre alegre y entusiasta, y que comunica al soldado algo como una fuerza galvánica que le electriza y anima en el despertar alborozado del día; luego que se repartió el café caliente, que constituía el primer alimento de la tropa, desfilaron las compañías del 9.º batallón sin armas, al río, á bañarse y á lavar la ropa interior.

Previamente se había repartido un jabón á cada individuo, y cuando marcharon *por el flanco derecho doblando* iban muy contentos, haciendo encargos en voz alta á sus *viejas*, conversando y cantando, entre la bruma espesa de la mañana, mientras los oficiales á los *flancos* encapotados, enrolladas al cuello las bufandas



compradas en Chihuahua, y caladas las capuchas, cuidaban del orden de la marcha.

Ya ante el río, poco ancho y nada profundo, que pasa al Oeste de la ciudad, se mandó *romper filas* y los soldados se desbandaron buscando piedras apropósito para lavar la ropa, sobre ellas.

Hacía un frío intentísimo y Miguel experimentó la imperiosa necesidad de tomar algo que calentase su estómago, un tanto irritado por el alcohol que había tomado en la noche: tenía además un vago dolor de cabeza, y sintió desvanecerse al contemplar la corriente enturbiada por la espuma del jabón; así es que cuando un *paisano* que fué á dar agua á su caballo, le indicó á lo lejos una casucha de adobes, aislada del pueblo y en la margen del río, pidió permiso á su capitán Molina para separarse un momento de la margen y, tiritando, envuelto en su amplio capote, calada la capucha hasta cubrir la frente, Miguel llegó al umbral de la choza, cuyo interior apenas vislumbrara. Desde allí preguntó á una vieja que molía en un *metate* y *echaba gordas* junto á un gran fuego, en medio del humo, si le podían hacer una taza de café que pagaría á cualquier precio. Una voz áspera y ronca de borracho le contestó precipitadamente:

—¡Cómo no! á ver, Julia, ¡un jarro de café, mucho café, bien caliente!... pero... ¡volando! ¡volando como un... demonio!—y una frase cruda y obscena terminó el mandato.

Entonces, ya más acostumbrado á la obscuridad de

la tosca estancia, pudo distinguir Miguel, sobre una ancha cama de madera, entre varios zarapes, una melena enrespada y una larguísima barba gris que circundaban en sucios mechones, un rostro cachetón, de nariz curva y ojos enrojecidos y brillantes; en tanto que la figura de una mujercita limpia y airosa, se alzaba subitamente del rincón opuesto. Atravesó ella el cuarto; pasó junto á él, temblando, con los ojos bajos, y cerca de la chimenea tomó un jarro que llenó de agua y puso á la lumbre, ante cuyo rojizo fulgor se iluminó su perfil de niña.

El hombre se incorporó señalando con una mano un taburete.

—Siéntese, mi jefe—le dijo al oficial,—y mientras está el café dele á *esa* para el *sotol*.—Pero como á Mercado no le agradaba este aguardiente de Chihuahua, respondió:

—Mejor *tequila*, no me gusta el *sotol*—y dió un billete de veinticinco centavos á Julia, que se acercó con timidez. Se fijó en ella por la gracia irresistible de la doncellita tan bruscamente maltratada por el viejo. Adivinó vagamente el sufrimiento hondo que albergaba aquella guarida de oso que apestaba á tabaco y *sotol*.

Luego recordó con sorpresa y hasta con delicia la joven que viera en la fonda, la víspera, y que tanto le había interesado. Era la misma, no le cabía duda ¡qué coincidencia!... ¡y qué linda era con su enaguilla corta!



La vieja, de aspecto estúpido, que molía con regularidad la máquina, preguntó al temible ogro:

—¿Ya se levanta, don Bernardo? ¿Le llevo las *teguas*?

Sin esperar la contestación le llevó el burdo calzado, aproximándose al lecho con la cabeza baja... y arrodillóse ante el hombre aquel, que extendió á ella las piernas para que le calzara las *teguas* en los pies negros y velludos... Y ella, humilde como una esclava, se las ajustó lentamente.

Miguel desde su asiento miraba, sin decir una palabra, todo aquello.

Julia llegó con la botella del *tequila*, y en una taza de *peltre* sirvió el café, presentándosela á Miguel con el azúcar y la botella.

Sirvió él algo de *tequila* en la taza, muy pensativo, contemplando con un estremecimiento extraño aquella mujer de catorce años, tan ruborosa y tan linda; pero se quedó estupefacto cuando oyó su voz candenciosa, con ese acento tan dulce de la mujer chihuahuense, preguntar:

—Tía, ¿no ha visto usted mi pañuelo? ¿siempre lo pongo al acostarme debajo de la almohada?... hoy no lo hallo... ¡Ah! ¡Cómo soy tonta yo! (1)

Y ella, rápida y airosa fué hacia el lecho revuelto de donde se había levantado el viejazo hirsuto, y allí, re-

(1) En Chihuahua, son muy comunes estas construcciones en el lenguaje vulgar.

volviendo zarapes y cobertores, tornó á decir con argentino lamento:

—¡Pero si anoche, al acostarme, lo puse aquí! ¡Ah! Cómo soy yo tonta!...

Y... ¡Cosa estupenda! levantaba la almohada, la misma almohada que recibía la sucia melena de aquel oso!... ¡aquella niña tan dulce, la hermosa criatura, tan buena, tan casta y graciosa virgen, mujer de un monstruo y obsceno corsario de lengua y sucia barba!

Pero era indudable... reconocía sobre el colchón la huella de las formas redondas y proporcionadas, de la gentil mujercita... Miguel estaba atónito... Experimentaba el golpe brusco de una realidad amarga que le hacía sufrir.

Contempló tristemente á Julia y luego á don Bernardo, que bebía con sorbos estrepitosos su café fuerte cargado de *tequila*.

En esos momentos ella levantó sus ojos grandes y negros, y su mirada parecía expresar melancolía y resignación, como comprendiendo la fatalidad de un destino formado para hacer de ella una víctima.

Miguel, no era un gallardo mozo; pero era joven, y los movimientos nerviosos de su cuerpo, y la manera altiva con que alzaba su frente espaciosa y blanca, produjeron agrado, atracción y vagos deseos en aquel sér sufrido y callado, en aquella melancólica y adorable Julia. ¡No lo pudo ocultar! Soñó tal vez con placeres nunca experimentados á la vista de aquel oficial que venía de tan lejos, que hablaba palabras cariñosas y



que la miraba con ternura, como nadie la había mirado nunca.

Don Bernardo había salido á calentarse al sol, á la puerta y contemplaba con mucha curiosidad y con un gesto de desprecio á la tropa que blanqueaba en la orilla del río.

—¿No quiere otra taza? Hay más café; todavía hay en el jarro,—dijo Julia llevándole al oficial una taza que él tomó de sus manos temblorosas.

—¿Es su mamá la señora que está moliendo?—preguntó.—Ella movió tristemente la cabeza, y dijo bajando la vista:

—Mi madrastra, señor.

—Ah... yo creía... ¿entonces, don Bernardo será su padre?

—Es mi tío,—dijo suspirando y encendiéndosele el rostro intensamente.—Pero—y añadió muy quedo;—es también... es decir... no estamos casados... porque ella es su mujer...—Y no pudo decir más sofocada, al relatar con cierta ingenuidad, tanta abominación.

¿Qué enredo repugnante es este?—se preguntó Miguel—¿aquella víctima soportando su desgracia en silencio, la pobrecita entregándose pasiva y sumisa, sin goce alguno, al hombre que la maltrataba con despotismo de corsario musulmán?... ¿Aquello podía ser cierto?...

—¡Oh infame! ¿El la pega á usted, verdad? Por qué no se separa usted de él... ¿por qué no habla al jefe político?

Ella se aterrorizó ante la indignación que fulguraron los ojos de Miguel.

—No, señor... no; mi padre lo manda... y mi padre es santo... Teresita le hizo santo... le fusilaron y resucitó como Nuestro Señor; ¡figúrese! por eso, no vaya... no, porque les matan... si van... ¡Cruz va á acabar con todos!... rece mucho...

—Cómo, ¿pues de dónde es usted... de dónde son?...

—Mi tío .. es de .. ¡quién sabe!... pero yo soy de Tomochic.





VI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1000 1625 MONTERREY, MEXICO

Los pueblecillos de la Sierra Madre, al Oeste de Chihuahua, vivían en constante alarma por las excursiones bárbaras de los apachas y sosteniendo entre los montes y en el fondo de las selvas una constante guerra.

Todo el mundo tenía su carabina ó su fusil, que los montañeses descolgaban á cada paso para organizar batidas y arrancar á viva fuerza las reses robadas por los feroces indios que tuvieron que ir cediendo lentamente hasta ganar el Norte.

Los de Tomochic, caserío situado en el fondo de un valle de unos trescientos habitantes, se señalaron por su valor y su audacia y por ello bien pronto se hicieron célebres.

Pasado el peligro, volvieron á arar la tierra, á cuidar sus ganados y á tomar patriarcalmente el sol, á la

33383



puerta de sus casas, limpiando sus carabinas y engrasando los cartuchos.

Los ricachos del lugar eran enterrados en el atrio de la única iglesia, la que á su lado tenía un convento fundado durante el gobierno colonial por los misioneros jesuitas que se establecieron en esa parte de la sierra, cuando se empezaron á explotar sus ricos minerales.

Aquel pueblo perdido en la República, ignorado y obscuro, fué abandonado por su aparente insignificancia por el gobierno del Estado de Chihuahua y por el eclesiástico, sin que ni uno ni otro, sin ilustrarlo, dejase de cobrar los impuestos.

De repente sopla una ráfaga de fanatismo religioso y el nombre de la Santa de Cabora es pronunciado con veneración, y sus milagros narrados de mil maneras con una exageración medioeval.

Los viajeros que de Sonora pasaban por Tomochic contaron maravillas y los mismos tomochitecos, que con sus *recuas* se dirigían á ese Estado, volvían como de una venerada Mecca.

Entonces la efervescencia comprimida de aquel pueblo se resolvió en fervor religioso y político, que mal dirigido y sin cauce alguno, se desbordó y estalló en explosión de volcán.

Un incidente aumentó el disgusto contra el Gobierno.

Habiendo el Gobernador, Lauro Carrillo, pasado por Tomochic, visitó la iglesia, y enamorado de la

magnificencia y real mérito de algunos cuadros trató de llevárselos para Chihuahua; pero aquella gente atañera y valiente, al saberlo se indignó á tal punto que el Gobernador tuvo que dejar los cuadros en sus sitios.

Desde entonces el Gobierno y sus empleados fueron considerados como enemigos, por impíos é hijos de Lucifer.

Para colmo de males y para precipitar los acontecimientos, cierta autoridad de Guerrero al verificar una diligencia judicial en el pueblo, aprovechando algunas circunstancias, abusó del candor de una joven serrana, dejándola en cinta.

La mina estaba llena de pólvora y la mecha preparada; no tardó en llegar la chispa.

Se supo que en los pueblos vecinos se había declarado santo á José Carranza, nacido en Tomochic, el cual pensaba residir en el pueblo natal para hacerlo feliz.

Naturalmente los ánimos se excitaron y el entusiasmo fué general, esperándose con impaciencia la llegada de San José.

La más notable familia era la de los Chavez, que en realidad eran los que dominaban el pueblo por ese ascendiente irresistible que en todas partes tienen el talento y la fuerza, unidos á la ambición de mando.

Los tres Chavez salieron á recibir al San José un sábado.

El viejo llegó con Mariana, su mujer, acompañado



de su hermano Bernardo, que con carabina á la espalda, le seguía proclamándose *soldado de Jesucristo*.

Al día siguiente, domingo, hubo misa, y se llevó al San José á la iglesia en devota procesión.

Terminada la ceremonia, el cura, que traía instrucciones de arrojar al santo y prohibir á aquellas gentes seguir en tan extrañas ideas, les exhortó, á abandonar el fanatismo, regañándoles con dureza y echándoles en cara su estupidez.

Aquel pueblo, orgulloso por naturaleza, protestó escandalosamente, y Cruz Chavez, muy popular y muy querido, y que hasta entonces les reprochaba sus exaltaciones místicas, tuvo un arranque que nadie esperaba y llegando hasta el púlpito gritó al sacerdote:

—En el nombre del Gran Poder de Dios, yo, que soy *policía* de su Divina Magestad, te echo!

—¡Que muera!—vociferó un fanático.

—Sí, sí... ¡fuera! gritaron todos, contaminados y exasperados por la rudísima alocución del cura.

Tenía entonces cerca de cuarenta años de edad y era alto y fornido; su rostro largo y varonil estaba encuadrado en espesa barba negra; sus ojos grandes, negros también, miraban siempre con dureza y tenacidad, denunciando un espíritu audaz y obstinado.

Se imponía por su palabra de mando, serena, enérgica y clara.

Bernardo, á los diez y ocho años había desaparecido del pueblo robando algunos pesos á los Medrano, rica-

chos del lugar. Había vuelto varias veces, pero no era aceptado por sus incorregibles borracheras.

Su hermano José, un hombre bonachón y estúpido, que tenía algunos terrenitos, le daba siempre hospitalidad, la que pagaba robándole algo. Julia, hija de éste, había sido mandada á Chihuahua con su padrino, de quien él fué peón cerca de Cusihiuriachic, en una hacienda de la propiedad del padrino.

En la crisis de aquella exaltación religiosa fué contagiado el viejo en Cusihiuriachic, abandonó sus tierras y su mujer y se lanzó á Cabora, donde Teresa le curó de un tumor y le dijo sonriendo que se parecía á San José. Una criada de la casa de Urrea, padre de aquélla, que oyó algunas palabras, pregonó que era el mismo San José, y algunos días más tarde, el viejo estúpido, convencido ingenuamente de que no era otra persona sino el santo, resucitado por Dios, y que debía predicar y hacer feliz al mundo, se puso en oración y en penitencia constantemente, ayunó y, ¡cosa increíble! mandó llamar á Bernardo y le entregó sus terrenos de Tomochic y...su mujer, con quien había casado en segundas nupcias y la que pasó á serlo de su hermano.

Este y Cruz, aquel domingo memorable, convinieron hacer en Tomochic la nueva reforma, un lugar sagrado adonde todo el mundo peregrinase; se haría de su sobrina Julia, una virgen milagrosísima y enarbolarian este «*¡Viva el poder de Dios y mueran los hijos de Lucifer!*»



Tendrían santos vivos y carabina en mano, pasearían por todo Chihuahua su doctrina, sin más gobierno que el de Dios, ni más leyes que las de su Divina Magestad!

Corrieron los días y ni un espíritu sereno llevó la luz, ni un maestro ilustró, ni un misionero de la religión predicó á los ilusos; mientras que las autoridades políticas también se ausentaban. La pequeña Julia también fué devuelta á su padre, en tanto que los Chavez, que habían fletado mulas, viajaban por Sonora, vendían cargamento y acémilas, y compraban en la frontera carabinas Winchester, de á doce y dieciocho tiros.

El encargado de la *conducta* del mineral de «Pinos Altos» á Chihuahua, cuyo camino pasa por Tomochic, temió por su seguridad y comunicó seriamente al gobierno la actitud belicosa del pueblo, y mientras tanto evitó pasar por él dando un gran rodeo por la sierra. Pero aquellos altivos montañeses no eran bandidos vulgares y requirieron al conductor asegurándole que no temiese nada.

Se envió al fin un destacamento del 11.º batallón para que estuviere á la expectativa y contuviere cualquiera intentona, en tanto que se trataba de calmarles. Pero los abusos de aquella fuerza les irritaron, y en definitiva no hubo más que sorda cólera que estallaría en cuando se creyesen fuertes. Calmados aparentemente los ánimos, se retiró el destacamento sin que se arreglase nada en definitiva. Y los Chavez regresan, proveen de municiones, carabinas y ropa, al pueblo, se

apoderan del maíz y reses de un rico hacendado á quien todos odiaban; excitan y proclaman el augusto lema de religión é independencia, y electrizan de nuevo á los sencillos habitantes, resolviendo oficialmente que no reconocerían más amo que Dios quienes dejaron en Tomochic, al viejo San José, embrutecido cada día más, por el abuso del *sotol*.

El envió á Guerrero de Bernardo, fué con el objeto de que allí viviendo con las dos mujeres, espíase las disposiciones militares del gobierno en aquel punto situado en la entrada de la sierra, base necesarísima de toda operación militar seria.

La noche, víspera de la partida, Cruz dispuso una peregrinación de los suyos, escoltando al nuevo San José por los pueblecitos cercanos, mientras varios soldados de Dios recibían á los filiados á última hora.

El viejo idiota, sujestionado por su hermano, llamó á su mujer y á su hija, les habló de Dios su hijo, y de la otra vida.

—Ya no son mi familia; mi mujer es la virgen María, les dijo; pero obedecerán á mi hermano; los tres serán esposos para que yo sea el Padre de la Santísima Trinidad, tú el Padre (y señaló á Bernardo;) tú la hija y tú el Espíritu Santo (é indicó á las dos mujeres). (1)

Fué aquella noche, la noche lúgubre del atentado salvaje, del atropello de la virgen tierna; la caída del angel, la inmolación de la niña en aras del estúpido fanatismo... ¡nupcias trágicas del ogro y la doncella!...

(1) Rigorosamente histórico.





VII

**J**ULIA tenía entonces catorce años; pero había adquirido como todas las mujeres del campo un gran desarrollo, y ya era por su cuerpo una mujercita hecha y derecha, limpia y hacendosa, que desempeñaba todas las faenas domésticas en la casa de su padre y de su tío.

Ella molía, lavaba, remendaba los burdos pantalones de los dos hombres, daba agua á las bestias y hasta en las noches glaciales del duro invierno de la sierra, *najaba la leña* y encendía trabajosamente el fuego de la chimenea, donde asaba la carne de la cena y hervía el café para que su padre no se durmiera cuando Cruz convocaba á los principales vecinos á rezar el rosario fantástico, donde aquella gente intercalaba oraciones extrañas, letanías estupendas, gritos de odio y bélicas proclamas imprecando al gran poder de Dios.



En verdad que casi todas las mujeres del pueblo hacían lo mismo; pero aquellas lo verificaban con la inconsciencia pasiva de las bestias de carga; ella no, porque era soñadora y había conocido algo de la vida civilizada en Chihuahua, en la casa de su padrino, donde contrajo estrecha amistad con la hija de éste, una señorita, que la había hablado de cosas encantadoras.

—Mira, Julia,—le dijo una voz—tú eres muy bonita; las muchachas como tú, pueden ser reinas. Y nunca olvidó la frase...

En las noches en que había serenata en el jardín de la Plaza de Armas, cuando tocaba allí la música del 5.º regimiento ó del 11.ª batallón, ella, niña aún, llevada por lástima, había entrevisto la sociedad aristocrática, lujosa y altiva de Chihuahua, le habían deslumbrado los trajes de las mujeres hermosas y le había fascinado la armonía de los valeses, nunca hasta entonces escuchados por ella!

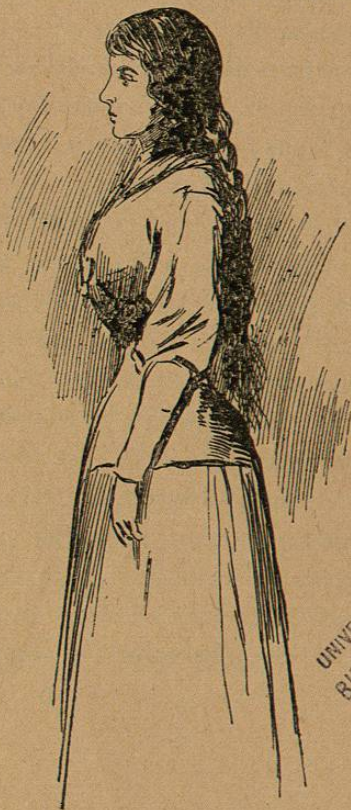
Vagos anhelos se despertaron en su ser y su curiosidad infantil, no satisfecha, se enardeció ante el espectáculo de la vida confortable de una ciudad.

Había conocido al novio de su amiga, que era un capitán 2.º del 5.º regimiento, un gentil mozo de bigotes retorcidos á lo mosquetero, de *dormán* ajustado, luciendo marcialmente el brillo de plata de los botones y el acero del sable, y los relucientes y argentinos acicates... ¡Oh! ¡Así debían ser los príncipes de los cuentos!

Y ella, la soñadora niña de catorce años, ya se había

visto al espejo, preguntándose si podía merecer un hombre así.

Después, en Tomochic, lloró y suspiró por las ho-



Julia Tomochic

ras tranquilas que había pasado y que nunca volverían. Comprendió vagamente que aquellos hombres estaban locos, pero se resignó y soportó sus dolores con heroísmo de mártir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LARÁN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO PESQUERA"  
1910. 1625 MONTERREY, MEXICO



Al día siguiente de la noche de aquel domingo, tuvo fiebre y sin saber cómo, desvanecida, delirante, ligada fuertemente al asno que la llevaba, después de tres días de marcha, llegó á Guerrero.

Quedó anonadada bajo el peso de su desgracia, y lentamente una sombra de melancolía inmensa oscureció su cerebro donde llegaron á dormir por fin todos sus sueños y todas sus aspiraciones.

Convirtiósese en bestia, como su madrastra, y vegetó.

Allí, en la vieja casucha, edificada con adobes en la margen del río, Julia pasaba tristemente su vida minada por las brutalidades de su tío y dueño, soportando con angelical resignación el tormento diario de acostar su cuerpecito, ya adolescente, al lado del velludo y nauseabundo cuerpazo de aquella bestia que en las noches, cuando regresaba borracha, con pasos de hipopótamo, osaba acercar al rostro melancólico de la linda esclava, los mechones sucios de su barba, al estrecharla sobre el mismo lecho, con un abrazo espantoso!...

¡Oh! ¡Confunción monstruosa y abominable!



## VIII

**B**ERNARDO, lejos del yugo de Cruz, se entregó á su vicio favorito; fué haciendo vender sus vacas, una á una, para pasar la vida, al par que cumplía su misión espionando las fuerzas que el Gobierno en el mes de Agosto envió decididamente á Guerrero para atacar la población.

Componíanse dichas fuerzas de un piquete de veinticinco hombres de Seguridad Pública del Estado, al mando del capitán Antonio Vergara; otro del 5.º regimiento, de treinta hombres, al mando del capitán segundo Lino Camacho, y 65 hombres del 11.º batallón.

Como fuerzas auxiliares se reclutaron como voluntarios 60 hombres de los pueblos de aquel rumbo, conocedores expertos del terreno y valientes á toda prueba, encomendándose su mando á Santa Ana Pérez,